

**La Increíble y
Triste Historia
de la Cándida Eréndira y
de su Abuela Desalmada**

Gabriel García Márquez

(Premio Nobel de Literatura 1982)



Gabriel García Márquez

Gabriel José de la Concordia García Márquez, nació el 6 de marzo de 1927 en Aracataca, Colombia. De ocupación escritor, periodista, editor y guionista.

Entre sus obras notables están: Cien años de soledad y Crónica de una muerte anunciada.

Su esposa Mercedes Barcha Pardo y sus hijos: Rodrigo García Barcha y Gonzalo García Barcha.

RESUMEN

Capítulo I

Eréndira, una niña de catorce años de edad, estaba bañando a su abuela cuando empezó el viento de su desgracia. Eréndira y su abuela vivían en una enorme mansión, la mansión se estremeció con el fuerte viento. La abuela, desnuda y grande, parecía una hermosa ballena blanca.

-Anoche soñé que estaba esperando una carta -dijo la abuela.

Eréndira preguntó:-¿Qué día era en el sueño?

-Jueves.

-Entonces era una carta con malas noticias -dijo Eréndira- pero no llegará nunca.

Cuando Eréndira acabó de bañar a su abuela, la llevó al jardín. Mientras la abuela navegaba en el pasado, Eréndira se ocupó de toda la casa.

Aquella mansión la construyó el marido de la abuela, Amadís. La abuela y Amadís tuvieron un hijo también llamado Amadís, este último era el padre de Eréndira.

Nadie conoció más sobre los orígenes de esa familia. La versión que se escuchó alguna vez fue que el marido rescató a la abuela de un prostíbulo. Cuando los Amadises murieron, uno de fiebre y el otro acribillado, la abuela los enterró a los dos en el patio.

El día que empezó la desgracia de Eréndira, ella debió bañar a la abuela, fregar los pisos, y cocinar el almuerzo. Cuando regó las plantas de las tumbas de los Amadises, tuvo que resistir el viento, pero no sintió el mal presagio que el viento traía. Estaba puliendo las copas, cuando percibió un olor de caldo tierno. Fue a la cocina y alcanzó a quitar la olla y puso al fuego un guiso, aprovechó la ocasión para

sentarse a descansar. Cerró los ojos, para luego abrirlos, y empezó a echar la sopa en la sopera. Trabajaba dormida. La abuela se había sentado sola en la mesa. Cuando servía la sopa, la abuela advirtió sus modales de sonámbula. La abuela le gritó:

-Eréndira.

Y Eréndira, despertó de golpe, y dejó caer la sopera.

-No es nada, hija - dijo la abuela -. Te volviste a dormir. Eréndira recogió la sopera, y trató de limpiar la alfombra.

-Déjala así -dijo la abuela- esta tarde lavas.

Eréndira tuvo tanto que hacer, que la noche se le vino encima sin que se diera cuenta.

-Aprovecha mañana para lavar también la alfombra de la sala -dijo la abuela.

-Sí, abuela -.

-Plancha toda la ropa antes de acostarte para que duermas tranquila.

-Sí, abuela.

-Revisa bien los roperos.

-Sí, abuela.

-Con el tiempo que te sobre sacas las flores al patio.

-Sí, abuela.

Dormida, siguió dando órdenes.

Eréndira no le contestó más, pero no se saltó ni una sola orden. Apagó las luces, cogió un candelabro del comedor y fue alumbrando hasta su dormitorio. Vencida por los oficios, Eréndira, puso el candelabro en la mesa de noche y se tiró en la cama. Luego el viento se metió en el dormitorio y volcó el candelabro contra las cortinas.

Al amanecer, empezaron a caer unas gotas de lluvia que apagaron las últimas brasas de la mansión. Los trabajadores de la abuela, trataban de rescatar los restos de la mansión.

-Mi pobre niña –suspiró la abuela-. No te alcanzará

la vida para pagarme.

Así que llevó a Eréndira con el **tendero** del pueblo, un viudo que pagaba a buen precio la virginidad. Él la examinó: consideró la fuerza de sus muslos, y el tamaño de sus senos.

-Todavía está muy niña -dijo -, tiene teticas de perra. La hizo subir en una balanza. Eréndira pesaba 42 kilos.

-No vale más de cien pesos -dijo el viudo.

-¡Cien pesos por una criatura nueva! – Gritó la abuela-

-Hasta ciento cincuenta -dijo el viudo.

-La niña me ha hecho un daño de más de un millón de pesos -dijo la abuela.

Pero en la casa, había tantas goteras que casi llovía igual adentro como fuera.

-Suba siquiera hasta trescientos -dijo. –

Se pusieron de acuerdo por doscientos veinte pesos y algunas cosas de comer.

Le indicó a Eréndira que se fuera con el viudo, y éste la condujo hacia la **trastienda**.

-Aquí te espero -dijo la abuela.

La trastienda era un cobertizo con un techo de palmas podridas. Colgada entre dos pilares, había una hamaca. Entraron en el cobertizo. Al primer intento del viudo, Eréndira gritó y trató de escapar. El viudo, le torció el brazo por la muñeca y la arrastró hacia la hamaca. Ella resistió con un arañazo en la cara, y el viudo le respondió con un golpe en la cara, Eréndira sucumbió entonces al terror, mientras el viudo la desnudaba desgarrándole la ropa.

Capítulo II

Cuando no hubo otro hombre que pagara algo por el amor de Eréndira, la abuela se la llevó hacia otros

rumbos. En un baúl se llevaron los huesos de los Amadises. Eréndira pagó el viaje haciendo amores de a veinte pesos con el carguero del camión. Al principio su sistema de defensa fue el mismo que con el viudo. El carguero fue distinto, y terminó por amansarla con la ternura.

El conductor del camión le gritó a la abuela:

-Este es territorio de misiones.

-A mí no me interesa la caridad sino el contrabando

-dijo la abuela.

Mientras, Eréndira hurgaba con el dedo un saco de arroz. Encontró un hilo, tiró de él, y sacó un largo collar de perlas legítimas. Lo contempló, mientras el conductor le replicaba a la abuela:

-No sueñe despierta, señora. Los contrabandistas no existen.

- ¡Cómo no! -dijo la abuela-, ¡dígamelo a mí!

-Búsquelos y verá. -Todo el mundo habla de ellos, pero nadie los ve.

El carguero vio que Eréndira había sacado el collar, se lo quitó de las manos y lo metió otra vez en el saco de arroz.

La abuela, decidió quedarse en ese pueblo. Eréndira se despidió del cargador con un beso. La abuela esperó sentada, hasta que acabaron de bajar todo el equipaje que llevaban. Lo último fue el baúl con los restos de los Amadises.

-Esto pesa como un muerto -rió el conductor. -Son dos -dijo la abuela.

Puso el baúl entre los muebles chamuscados, y extendió la mano abierta frente a la abuela.

-Cincuenta pesos –dijo el conductor.

La abuela señaló al carguero.

-Ya su esclavo se pagó por la derecha.

El conductor miró al carguero, y éste hizo una señal afirmativa. El carguero, muy seguro de sí mismo, le dijo a la abuela:

-Eréndira se va conmigo. Es con buenas intenciones.

-Por mí no hay inconveniente, si me pagas lo que perdí por su descuido.

-Créame que le daría ese montón de plata, si lo tuviera -dijo el carguero-. Eréndira lo vale.

-Pues vuelve cuando lo tengas, hijo -le replicó.

Eréndira y la abuela improvisaron un **tenderete** para vivir. Durmieron tan bien como en la mansión. Al día siguiente, fue la abuela quien se ocupó de arreglar a Eréndira. Le pintó la cara y dijo:

-Te ves horrorosa, pero así es mejor: los hombres son muy brutos en asuntos de mujeres.

Eréndira se acostó en el petate. Al rato, se acercaba el hombre del correo, al pasar frente a la abuela la saludó y siguió de largo. Pero ella le hizo una señal

para que mirara dentro del tenderete.

El hombre se detuvo, y vio a Eréndira acostada.

-¿Te gusta? -preguntó la abuela.

El hombre no comprendió hasta entonces lo que le estaba proponiendo.

-En ayunas no está mal -sonrió.

-Cincuenta pesos -dijo la abuela.

- ¡Hombre, lo tendrá de oro! -dijo él-. Eso me cuesta la comida de un mes.

- El correo aéreo tiene mejor sueldo que un cura.

-Yo soy el correo nacional -dijo el hombre.

-Te lo rebajo, pero con una condición: haces correr la voz por todas partes.

-Hasta el otro lado del mundo -dijo el hombre del correo.

Eréndira, le dio espacio en la cama al novio casual.

Tan pronto como él entró, la abuela cerró la entrada.

Cautivados por las voces del hombre del correo, vinieron hombres desde muy lejos, mesas de lotería

y puestos de comida, y un fotógrafo que se instaló frente al campamento.

A la abuela solo le interesaba el dinero que pagaban por Eréndira. Con la estancia en el primer pueblo, la abuela tuvo dinero para comprar un burro, y buscó otros lugares más propicios.

Con ellas, caminaban cuatro indios que cargaban los pedazos del campamento y el baúl con los restos de los Amadises. El fotógrafo perseguía la caravana.
-Si las cosas siguen así, dijo la abuela- me habrás pagado la deuda dentro de ocho años, siete meses y once días.

Eréndira, agobiada por el calor, no reprochó a las cuentas de la abuela.

-Tengo vidrio molido en los huesos –dijo Eréndira.

-Trata de dormir.

-Sí, abuela.

Cerró los ojos, y siguió caminando dormida.

Capítulo III

No muy lejos, vieron un camión cargado de pájaros. Al volante iba un granjero holandés. Su hijo Ulises, en el otro asiento. Al holandés le llamó la atención la tienda a la cual esperaban turno todos los soldados.

El holandés preguntó en su lengua:

-¿Qué diablos venderán ahí?

-Una mujer -le contestó su hijo -. Se llama Eréndira.

-¿Cómo lo sabes?

-Todo el mundo lo sabe –contestó.

El holandés descendió en un hotelito del pueblo. Más tarde Ulises abrió la cartera de su padre, se metió varios billetes en los bolsillos, y dejó todo como estaba. Esa noche, mientras su padre dormía, fue a hacer la cola frente a la tienda.

La abuela contaba los billetes. No había más de doce

soldados, la fila había crecido, Ulises era el último.

Le tocaba a un soldado, pero así como entró, salió, porque Eréndira quería hablar con la abuela. Al entrar la abuela, vio en el fondo y Eréndira temblaba, estaba maltratada y sucia.

-Abuela, - me estoy muriendo.

La abuela le tocó la frente, no tenía fiebre y trató de consolarla.

-Ya no faltan más de diez soldados -dijo.

Eréndira rompió a llorar. -Lo que pasa es que estás débil, le dijo.

La abuela salió de la tienda, y le devolvió el dinero al soldado que esperaba. “Se acabó por hoy”, dijo. “Vuelve mañana, te daré el primer lugar”.

Luego gritó: Hasta mañana a las nueve.

Volviendo a la tienda y vio a Ulises. Él tenía un aura irreal y visible por su belleza.

-Y tú -dijo la abuela-, ¿dónde dejaste las alas? -El

que las tenía era mi abuelo -contestó Ulises-, pero nadie lo cree.

“Pues yo sí lo creo”, dijo. “Tráelas puestas mañana”. Para ese entonces, Eréndira se sintió mejor. Y la abuela se puso a dormir. Detrás de la cama de Eréndira, muy despacio, Ulises asomó la cabeza. Ella vio los ojos ansiosos, cuando Ulises parpadeó por primera vez, Eréndira le preguntó en voz muy baja:

-Quién tú eres.

“Me llamo Ulises”, dijo.

-Traigo la plata.

-Tenías que ponerte en la fila -le dijo.

Tienes que esperar hasta mañana -dijo Eréndira.

En ese instante la abuela empezó a hablar dormida.

Ulises se volvió a esconder detrás de la cama.

Eréndira hizo una sonrisa divertida, y dijo

-Se vuelve como loca cuando está dormida, pero nada la despierta.

Ulises se asomó de nuevo. -Ven -le dijo, -ayúdame a cambiar la sábana. Ulises salió de detrás de la cama y cogió la sábana por un extremo. Al final de cada doblez Ulises estaba más cerca de Eréndira.

-Estaba loco por verte -dijo Ulises.

-Pero me voy a morir -dijo Eréndira.

-Mi mamá dice que los que mueren en el desierto no van al cielo sino al mar -dijo Ulises.

-No conozco el mar -dijo Eréndira.

-Es como el desierto, pero en lugar de arena, es agua -dijo Ulises.

Eréndira estaba encantada pero quería dormir. -Si vienes mañana temprano te pones en el primer puesto -dijo.

-Me voy con mi papá por la madrugada -dijo Ulises. Pasamos por casualidad porque nos perdimos.

Eréndira miró a la abuela dormida. -Bueno -decidió-, dame la plata.

Ulises se la dio. Eréndira se acostó, pero él se quedó

trémulo (como temblando). -¿Es la primera vez? -le preguntó Eréndira. Ulises no contestó.

-Respira despacio -le dijo. Lo acostó a su lado, y le preguntó:

-¿Cómo es que te llamas?

-Ulises.

-Pareces de oro -dijo- pero hueles a flores. -Debe ser a naranjas - dijo Ulises.

Andamos con pájaros para despistar -agregó-, pero lo que llevamos es un contrabando de naranjas.

-Las naranjas no son contrabando -dijo Eréndira.

-Estas sí -dijo Ulises-. Cada una cuesta cincuenta mil pesos.

-Lo que más me gusta de ti -dijo Eréndira- es la seriedad con que inventas los disparates. La abuela siguió hablando dormida. Pero Ulises no la oyó, porque Eréndira lo había querido tanto, que lo volvió a querer por la mitad de su precio, y lo siguió queriendo sin dinero hasta el amanecer.

Capítulo IV

Unos misioneros se habían plantado en medio del desierto. Detrás estaba la casa de la misión. El misionero más joven, señaló con su dedo, una grieta natural en el suelo de **arcilla** vidriada.

-No pasen esa raya -gritó.

-El desierto no es de nadie -dijo la abuela.

-Es de Dios -dijo el misionero-.

-No entiendo tus misterios, hijo.

El misionero señaló a Eréndira.

Esa criatura es menor de edad. -Pero es mi nieta.

-Tanto peor -replicó el misionero-.

Tres días después, la abuela y Eréndira dormían en un pueblo próximo al convento, cuando seis novicias, sin hacer ruido cubrieron a Eréndira, sin despertarla se la llevaron. La abuela intentó rescatarla. La abuela recurrió a la autoridad civil.

-Yo, no puedo hacer nada -le explicó el alcalde. -
De acuerdo con el Concordato, tienen derecho a

quedarse con la niña hasta que sea mayor de edad.
O hasta que se case.

- ¿Y entonces para qué lo tienen a usted de alcalde?
-preguntó la abuela.

-Lo que usted necesita es una persona que garantice su moralidad, por medio de una carta firmada. ¿Conoce al senador Onésimo Sánchez? La abuela contestó con una rabia solemne: -Soy una pobre mujer y sola.

-Entonces no pierda más el tiempo, señora –dijo el alcalde-. Se la llevó el carajo.

Entonces, la abuela plantó la tienda frente al convento. El fotógrafo, que la conocía muy bien, dispuso marcharse.

-Vamos a ver quién se cansa primero -dijo la abuela-, ellos o yo.

-Ellos están ahí hace 300 años, y todavía aguantan -dijo el fotógrafo.

Sólo entonces vio la bicicleta cargada. -Para dónde

vas, dijo la abuela.

-Para donde me lleve el viento -dijo el fotógrafo.
Pero la abuela, no movió la cabeza. No la apartó durante muchos días, y durante muchas noches.

La abuela durmió poco, hasta que sonó la campana del convento. Esperanzada de que Eréndira se había levantado y estaba buscando el modo de escaparse para volver con ella.

Eréndira, no perdió el sueño desde que la llevaron al convento. Le habían cortado el cabello. Le entregaron un balde de agua de cal y una escoba para que encalara los peldaños de las escaleras. Era un oficio inhumano, pero Eréndira veía a las novicias amansar las vacas para ordeñarlas, saltar sobre las tablas para exprimir los quesos, asistir a las cabras en un mal parto. Había visto el infierno de los hornos de pan.

Eréndira descubría otras formas de belleza. Ninguno había logrado que dijera una palabra desde que llegó al convento. Una mañana, escuchó una música de cuerdas. Se asomó y vio a una monja bella, tocando una melodía en el clavicémbalo, que es un instrumento musical de cuerdas.

Eréndira escuchó la música hasta que sonó la campana para comer. Luego, mientras blanqueaba la escalera con la brocha, habló por primera vez.

-Soy feliz -dijo.

Fue entonces que a la abuela se le acabaron las esperanzas de que Eréndira escapara para volver con ella.

Durante varios días, la abuela vio pasar hacia el convento el camioncito cargado de indias encinta, no reconoció su oportunidad. La reconoció el domingo de Pentecostés, cuando oyó los cohetes y vio que entre las muchedumbres había mujeres encinta con velos y coronas de novia.

Entre los últimos pasó un muchacho, de pelo indio.
La abuela lo llamó.

-Dime una cosa, hijo -le preguntó -. ¿Qué vas a hacer tú en esa fiesta?

El muchacho – dijo -Es que los padrecitos me van a hacer la Primera Comuni3n.

-¿Cuánto te pagaron?

-Cinco pesos.

La abuela sacó un rollo de billetes

-Te daré veinte -dijo la abuela-. Pero... para que te cases.

-¿Y con quién?

-Con mi nieta.

Así que Eréndira se casó en el convento, sin saber el nombre del esposo que le había comprado su abuela. Al término de la ceremonia, en presencia del Prefecto Apostólico, del alcalde militar, de su esposo reciente y de su abuela impasible, Eréndira se encontró de nuevo bajo el hechizo que la había dominado desde

su nacimiento. Cuando le preguntaron cuál era su voluntad libre, dijo: -Me quiero ir. Y aclaró, señalando al esposo:

-Pero no me voy con él, sino con mi abuela.

Capítulo V

Ulises trató de robarse una naranja, pero el padre no le quitaba la vista mientras podaban los árboles. Entonces renunció a su propósito por un tiempo, y se quedó de mala gana ayudando a su padre. La madre de Ulises estaba en la terraza. Cuando Ulises volvió a la casa, su madre le pidió la medicina, que estaba en una mesita. Cuando él tocó el vaso, cambió de color. Luego tocó una jarra de cristal que estaba en la mesa, y también la jarra se volvió azul. Su madre lo observó y cuando estuvo segura de que no era un delirio, preguntó en lengua guajira:

-¿Desde cuándo te sucede?

-Desde que arribamos del desierto -dijo Ulises,

también en guajiro-. Es sólo con las cosas de vidrio.

-Esas cosas sólo sucederían por amor -dijo la madre-.

¿Quién es?

Ulises no contestó.

La madre insistió.

- No es nadie -dijo Ulises.

Ulises estaba pendiente de los movimientos de su padre. Lo había visto poner las naranjas sobre la caja para componer la clave de la combinación. Pero mientras él vigilaba a su padre, su madre lo vigilaba a él.

En la oficina, el holandés abrió la caja, puso dentro las naranjas, y volvió a cerrar la puerta blindada. Ulises se apartó entonces de la ventana y le replicó a su madre.

-Ya te dije que no es nadie -dijo-. Si no me crees, pregúntaselo a mi papá.

La mujer le preguntó en castellano:

-¿A quién conocieron en el desierto?

-A nadie -le contestó su marido. Si no me crees, pregúntaselo a Ulises.

Ulises pensaba con tanta intensidad que no podía dormir, tratando de dominar el dolor de los recuerdos, agarró su ropa y se vistió, saltó por la ventana, y se fugó de la casa en la camioneta cargada de pájaros. Al pasar por la plantación arrancó las tres naranjas maduras que no había podido robarse antes.

Viajó toda la noche, y al amanecer preguntó el rumbo de Eréndira, nadie le daba razón.

La abuela había conseguido que el senador avalara su moralidad con una carta de su puño y letra.

Al tercer día, Ulises se encontró con el hombre del correo. -Van para el mar -le dijo-. Y apúrate, que la intención de la jodida vieja es pasarse para la isla de Aruba.

Ulises divisó la carpa que la abuela le había comprado

a un circo. El fotógrafo había vuelto con ellas. Ulises esperó su turno, y lo primero que le llamó la atención fue el orden y la limpieza en el interior de la carpa. Eréndira estaba desnuda y plácida, dormía con los ojos abiertos. Ulises junto a ella, con las naranjas en la mano, advirtió que lo estaba mirando sin verlo. Eréndira despertó.

-No me mires -dijo-. Estoy horrible.

-Estás de color de naranja -dijo Ulises. Puso las frutas a la altura de sus ojos para que ella comparara.

Eréndira vio que en efecto las naranjas tenían su color.

-Sólo entré para mostrarte esto -dijo Ulises-. Fíjate.

Partió la naranja con las dos manos, y le mostró que en el corazón de la fruta había un diamante legítimo.

- Estas son las naranjas que llevamos a la frontera -dijo.

- ¡Pero son naranjas vivas! -exclamó Eréndira.

Eréndira no lo podía creer, cogió el diamante con los

dedos y lo contempló.

-Con tres así le damos la vuelta al mundo -dijo Ulises. Eréndira le devolvió el diamante con desaliento. Ulises insistió.

-Además, tengo una camioneta -dijo-, y se sacó de debajo de la camisa una pistola.

-No puedo irme -dijo Eréndira. -Te irás -dijo Ulises-. Esta noche, cuando se duerma la ballena blanca, yo estaré afuera, cantando como la lechuza, los ojos de Eréndira sonrieron por primera vez.

-Es mi abuela -dijo.

- ¿La lechuza?

-La ballena.

Ambos se rieron del equívoco.

Eréndira no dijo ni que sí ni que no, despidió a Ulises con un beso. Ulises, conmovido, murmuró:

-Mañana veremos pasar los buques.

En la noche Eréndira estaba peinando a la abuela cuando volvió el sopló del viento de su desgracia.

El viento estuvo a punto de arrancar la carpa, se escuchó el canto de la lechuza.

Eréndira no pudo disimular su nerviosismo, la abuela dijo: -"No te preocupes, siempre hay lechuzas en las noches de viento".

Eréndira no le puso atención, pues la lechuza la solicitaba con mucha prisa. La abuela se acostó con el mismo ritual de siempre.

-Tienes que madrugar .

-Sí, abuela.

-Lava la muda sucia de los indios.

-Sí, abuela

La abuela, ya dormida, le dio la orden atrasada.

-No se te olvide prender las velas de los Amadis.

-Sí, abuela.

Eréndira sabía entonces que su abuela ya no despertaría. Eréndira, se asomó cuando volvió a cantar la lechuza. No había dado cinco pasos fuera de la carpa cuando encontró al fotógrafo que estaba

amarrando sus aparejos. Su sonrisa cómplice la tranquilizó.

Eréndira corrió, y se perdió en el viento donde cantaba la lechuza.

Esa vez la abuela recurrió a la autoridad civil. La abuela le dio la carta al comandante -cómo carajo quiere que la lea - si no sé leer.

-Es una carta de recomendación del senador Onésimo Sánchez -dijo la abuela.

El comandante descolgó un rifle, cinco minutos después estaban todos dentro de una camioneta.

La abuela divisó al fotógrafo: pedaleaba en el mismo sentido que ellos.

-Ahí está -lo señaló- ése fue el cómplice. Malnacido.

El comandante le dijo a uno de los agentes: -Agárralo y nos esperas aquí. - Ya volvemos. El agente le dio al fotógrafo dos voces de alto. El fotógrafo no oyó por el viento contrario. Cuando la camioneta se

adelantó, la abuela le hizo un gesto enigmático, pero él lo confundió con un saludo, sonrió, y le dijo adiós. No oyó el disparo. Y cayó muerto sobre su bicicleta. Antes del mediodía empezaron a ver las plumas de pájaros, el holandés las reconoció. El conductor corrigió el rumbo. Cuando Ulises vio el carro militar, hizo un esfuerzo por aumentar la velocidad, pero el motor no daba más. Habían viajado sin dormir. Eréndira, despertó asustada. Vio la camioneta que estaba a punto de alcanzarlos y con determinación cogió la pistola de la guantera.

-No sirve -dijo Ulises.

La patrulla militar se le adelantó a la camioneta y le cerró el camino.

Capítulo VI

Las conocí por esa época, yo andaba vendiendo enciclopedias de medicina por Riohacha. Álvaro Cepeda Samudio, andaba vendiendo máquinas de

cerveza helada, Cepeda me llevó en su camioneta hasta la frontera. Allí estaba la carpa.

Entre la muchedumbre, estaba la mujer que se había convertido en araña por desobedecer a sus padres, que por cincuenta centavos se dejaba tocar para que vieran que no había engaño.

Mujeres bostezaban de aburrimiento. Habían hecho la siesta sin que nadie las despertara para quererlas. De pronto, una de ellas salió a la calle, por allí pasaba la fila de los pretendientes de Eréndira.

-A ver -les gritó la mujer-. ¿Qué tiene ésa que no tenemos nosotras? Atraídas por los gritos, otras mujeres salieron.

-Hace días que esa cola está así -dijo una de ellas-. Imagínate, a cincuenta pesos cada uno.

-Pues yo, me voy a ver qué es lo que tiene de oro, y otras fueron también. Llegaron a la tienda, entraron sin anunciarse, cargaron la cama de Eréndira y sacaron a Eréndira en andas a la calle.

-Esto es un atropello-gritaba la abuela-. ¡**Montoneras!** Eréndira no pudo escapar, por la cadena de perro que la encadenaba a la cama desde que trató de fugarse con Ulises. La mostraron por las calles, y al final la pusieron al centro de la plaza. Eréndira estaba con la cara escondida, hasta que alguien le hizo el favor y la tapó con una camisa.

La abuela había aumentado de tamaño, porque usaba debajo de la blusa un chaleco, en el cual se metía los lingotes de oro.

-No te puedes quejar -le había dicho la abuela a Eréndira, al salir de la ciudad fronteriza-.

-Cuando yo te falte – dijo la abuela, tendrás tu casa propia. Serás libre y feliz. Era una visión nueva del porvenir. Eréndira se sometió en silencio a la cama. Una tarde, escucharon diálogos de Jamaica, era que habían llegado al mar.

-Ahí lo tienes -dijo la abuela, ¿No te gusta?

-Sí, abuela.

Allí plantaron la carpa. La abuela pasó la noche hablando sin soñar. Por la mañana Eréndira estaba bañando a su abuela y la abuela, volvió a hacerle pronósticos sobre el futuro.

-Serás una dueña señorial -le dijo.

-El prestigio de tu casa volará de boca en boca -decía la abuela.

Eréndira la contempló, y se acostó con los brazos en el pecho y los ojos muy abiertos, y llamó con toda la fuerza de su voz interior:

-Ulises.

Ulises despertó de golpe. Había oído la voz de Eréndira con tanta claridad, que enrolló sus ropas, y abandonó el dormitorio. Luego oyó a su padre:

-Para dónde vas.

-Para el mundo -contestó.

-Esta vez no te lo voy a impedir -dijo.

Su mujer estaba a sus espaldas. El holandés habló

cuando Ulises cerró el portal.

-Ya volverá -dijo-, más pronto de lo que tú crees.

-Eres muy bruto -suspiró ella. -No volverá nunca.

Ulises atravesó el desierto, hasta que encontró la carpa. Eréndira estaba dormida, encadenada, y en la misma posición, en que lo había llamado. Ulises contemplándola sin despertarla, pero Eréndira al sentir la mirada, despertó. Entonces se besaron, se acariciaron, y se desnudaron hasta la fatiga. La abuela dormida empezó a delirar. Se incorporó con un movimiento subterráneo, y se sentó en la cama. Hablando dormida dijo:

-Entonces fue cuando llegó él, Dios mío -gritó-, más fuerte, más grande y mucho más hombre que Amadís.

Ulises, no había prestado atención al delirio, trató de esconderse cuando vio a la abuela sentada en la cama. Eréndira lo tranquilizó, y le dijo- siempre que llega a esa parte, no despierta.

Ulises y Eréndira permanecieron un largo rato en silencio. De pronto, Eréndira preguntó:

-¿Te atreverías a matarla?

Ulises dijo. -Quién sabe.

¿Tú te atreves?

-Yo, no -dijo Eréndira-, porque es mi abuela.

Entonces Ulises dijo: -Por ti, soy capaz de todo.

Ulises compró una libra de veneno para ratas, la revolvió con nata de leche y mermelada y la vertió dentro de un pastel. Completó el engaño con setenta y dos velitas rosadas.

En la noche, la abuela se incorporó en el trono, cuando lo vio entrar en la carpa con el pastel de fiesta,

-Descarado -gritó-.

-Vengo a pedirle perdón -dijo-, hoy en su cumpleaños.

Desarmada por su mentira, la abuela hizo poner la mesa, sentó a Ulises a su diestra, mientras Eréndira les servía, luego cortó el pastel en partes iguales.

-Un hombre que sabe hacerse perdonar tiene ganada la mitad del cielo -dijo-Te dejo el primer pedazo que es el de la felicidad.

-No me gusta el dulce -dijo él.

La abuela le ofreció a Eréndira y ella se lo llevó a la cocina, y lo tiró a la basura. La abuela se comió el resto. Había comido arsénico como para exterminar una generación de ratas.

Eréndira y Ulises la vigilaron. La abuela se fue a dormir, pero la voz fue tan viva como siempre cuando empezó a delirar. Eréndira y Ulises la contemplaban con un asombro creciente, siguió recapitulando su drama durante varias horas.

Ulises, espantado, se agarró de la mano de Eréndira. En ese instante empezó a despuntar el alba. Los relojes dieron las cinco.

- ¡Vete! -dijo Eréndira-.

-Está más viva que un elefante -exclamó Ulises.

-Lo que pasa -dijo- es que tú no sirves ni para matar

a nadie.

Ulises se impresionó por el reproche. Eréndira observaba a la abuela dormida, y de repente la abuela abrió los ojos y dijo:

-Dios te salve, hija.

El único cambio que tuvo la abuela fue un desorden en las normas cotidianas.

Eréndira la peinaba, cuando en el peine quedó un mazo de cabellos. La abuela lo examinó, se arrancó otro mechón, y otro, empezó a arrancarse el cabello, muerta de risa, hasta que la cabeza le quedó como un coco pelado.

Eréndira no volvió a tener noticias de Ulises, hasta dos semanas más tarde, cuando percibió el reclamo de la lechuza. Eréndira acudió al llamado. Corrió hacia él, se escondieron entre los arbustos, y solo hasta entonces vieron la llamita azul que se fue por la mecha del detonante, hasta que penetró en la carpa.

-Tápate los oídos -dijo Ulises.

Ambos lo hicieron, pero no hubo explosión. La tienda se iluminó, y estalló en silencio. Cuando Eréndira entró, creyendo a la abuela muerta, la encontró con la peluca chamuscada, pero más viva que nunca. Cuando lograron por fin dominar las llamas. La abuela dijo – Parece cosa del maligno.

Estuvo despierta hasta la madrugada, haciendo cálculos de las pérdidas. A la mañana siguiente, Eréndira le quitó el chaleco de las barras de oro y le encontró ampollas de fuego en los hombros, y el pecho en carne viva. “-Con razón que dormí dando vueltas”, dijo la abuela, mientras Eréndira le echaba claras de huevo en las quemaduras. “Y además, tuve un sueño raro.”

-Era un pavo real, en una hamaca blanca -dijo. Eréndira se sorprendió.

-Es un buen anuncio –mintió Eréndira-. Son animales de larga vida.

-Dios te oiga -dijo la abuela-, porque estamos como

al principio. Eréndira salió de la carpa, y dejó a la abuela con el torso embebido de claras de huevo.

En eso vio aparecer los ojos de Ulises, y le dijo con una voz de cansancio:

-Lo único que has conseguido es aumentarme la deuda.

Ulises inmóvil, mirando a Eréndira con una expresión fija, de absoluto desprecio, como si él no existiera. Ulises se incorporó, y entró bajo el cobertizo y descolgó un cuchillo.

Eréndira no se volvió a mirarlo, pero en el momento en que Ulises abandonaba el cobertizo, le dijo en voz muy baja:

-Ten cuidado, que ya tuvo un aviso de la muerte.

La abuela vio entrar a Ulises con el cuchillo, y levantó los brazos.

- ¡Muchacho! -gritó-. Te volviste loco.

Ulises le saltó encima a la abuela y le asestó una

cuchillada en el pecho. La abuela, se le echó encima y trató de estrangularlo.

-Hijo de puta -gruñó-.

Ulises logró liberar la mano con el cuchillo y le asestó una segunda cuchillada en el costado. La abuela lo abrazó con más fuerzas. Ulises asestó un tercer golpe, y un chorro de sangre expulsada a presión le salpicó la cara a Ulises. Eréndira apareció en la entrada, y observó la lucha con una firmeza criminal...

Ulises abrió un tajo en el vientre de la abuela, y una explosión de sangre lo empapó hasta los pies. Ulises se soltó de los brazos exhaustos y le asestó, al inmenso cuerpo caído, la cuchillada final.

Eréndira, se inclinó sobre la abuela, y se convenció de que estaba muerta, entonces su rostro adquirió de golpe toda la madurez de persona mayor. Con movimientos rápidos, cogió el chaleco de oro y salió de la carpa.

Ulises, agotado por la lucha. Cuando vio salir a Eréndira tomó conciencia de su estado. La llamó a gritos, sin recibir respuesta de Eréndira. Llegó hasta la entrada de la carpa, y vio que Eréndira empezaba a correr por la orilla del mar. Hizo un último esfuerzo para perseguirla, pero lo venció el terrible agotamiento de haber matado a una mujer sin ayuda de nadie. Eréndira no lo había oído porque iba corriendo contra el viento, y ninguna voz de este mundo la podía detener. Corrió sin volver la cabeza, hasta que se acabaron las ciencias naturales del mar y empezó el desierto, pero todavía siguió corriendo más allá de los vientos áridos y los atardeceres de nunca acabar, y jamás se volvió a tener la menor noticia de Eréndira, tampoco se encontró la huella más mínima de su desgracia.

Extracto:

Este es un extracto del capítulo final del libro “La increíble y triste historia de Eréndira y su Abuela” es que ustedes vean la forma e imaginación con que escribe el autor Gabriel García Márquez.

“Ulises compró una libra de veneno para ratas, la revolvió con nata de leche y mermelada de frambuesa, y vertió aquella crema mortal dentro de un pastel al que le había sacado su relleno de origen. Después le puso encima una crema más densa, componiéndolo con una cuchara hasta que no quedó ningún rastro de la maniobra siniestra y completó el engaño con setenta y dos velitas rosadas.

La abuela se incorporó en el trono blandiendo el báculo amenazador cuando lo vio entrar en la carpa con el pastel de fiesta,

-Descarado -gritó-. ¡Cómo te atreves a poner los pies en esta casa!

Ulises se escondió detrás de su cara de ángel.

-Vengo a pedirle perdón -dijo-, hoy día de su cumpleaños.

Desarmada por su mentira certera, la abuela hizo poner la mesa como para una cena de bodas. Sentó a Ulises a su diestra, mientras Eréndira les servía, y después de apagar las velas con un soplo arrasador cortó el pastel en partes iguales. Le sirvió a Ulises.

-Un hombre que sabe hacerse perdonar tiene ganada la mitad del cielo

-dijo-Te dejo el primer pedazo que es el de la felicidad.

-No me gusta el dulce -dijo él. Que le aproveche. La abuela le ofreció a Eréndira otro pedazo de pastel. Ella se lo llevó a la cocina lo tiró en la caja

de la basura.

La abuela se comió sola todo el resto. Se metía los pedazos enteros en la boca y se los tragaba sin masticar, gimiendo de gozo, y mirando a Ulises desde el limbo de su placer. Cuando no hubo más en su plato se comió también el que Ulises había despreciado. Mientras masticaba el último trozo, recogía con los dedos y se metía en la boca las migajas del mantel.

Había comido arsénico como para exterminar una generación de ratas. Sin embargo, tocó el piano y cantó hasta la media noche, se acostó feliz, y consiguió un sueño natural. El único signo nuevo fue un rastro pedregoso en su respiración.

Eréndira y Ulises la vigilaron desde la otra cama, y sólo esperaban su estertor final. Pero la voz fue tan viva como siempre cuando empezó a delirar”.

Comprobación de lectura:

1. ¿Qué hacía Eréndira cuando estaba demasiado cansada y ya no podía más?
2. ¿Dónde conoció el abuelo Amadís a la abuela?
3. ¿Por qué utilizaba la abuela a Eréndira para que le pagara la deuda del desastre de la mansión?
4. Los misioneros tenían una forma de pensar. ¿De qué manera querían proteger a Eréndira?
5. ¿Qué hizo Ulises por quedarse con el amor de Eréndira y por alejarla de una vida vacía?
6. ¿Por qué crees que Eréndira salió corriendo y nunca más regresó?

Glosario:

Arcilla:

Tierra finamente dividida.

Montoneras:

Montón, gran cantidad de algo.

Tenderete:

Puesto de venta al por menor, instalado al aire libre.

Tendero:

Dueño o dependiente de una tienda, especialmente de comestibles.

Trastienda:

Cuarto o pieza que está detrás de la tienda.

Recopilado por: Carolina Leal
Palabras: 5,841
Imágenes: Shutterstock
Fuente:
http://biblio3.url.edu.gt/Libros/ab_des.pdf